

DOMINIQUE MAINGUENEAU. *Manuel de linguistique pour les textes littéraires*. Paris: Armand Colin, 2015.

Este libro tiene su origen en dos obras previas: *Linguistique pour le texte littéraire*¹ y *Pragmatique pour le discours littéraire*.² Ambas se proponen tender un puente entre lingüística y literatura en el momento típicamente postestructuralista de los años 80. Por ello buscan superar la limitada concepción del lenguaje literario como código y proponen un conjunto de herramientas para entenderlo cabalmente como proceso de comunicación. El autor es muy cuidadoso de evitar convertir las nociones provenientes de las ciencias del lenguaje en panaceas conceptuales. No se trata de redimir el análisis literario a golpes de lenguaje técnico lingüístico, sino de ofrecerle referencias conceptuales que lo hagan descriptivamente más riguroso.

Y es que la historia de las relaciones entre literatura y lingüística no ha carecido de incómodos desencuentros, a pesar de su aparente cercanía disciplinaria. Dos campos que a simple vista deberían de tener vasos comunicantes múltiples, pero que, a fin de cuentas, sus especialistas no han sabido encontrar maridajes felices sino en muy pocas ocasiones. Es posible que, aun en su vocación didáctica, este libro sea uno de esas afortunadas convergencias.

Maingueneau ubica su libro en el ámbito de la estilística en sentido amplio, entendida como “un conjunto de acercamientos que, para estudiar la literatura, utilizan conceptos y métodos tomados de las ciencias del lenguaje” (9). La separa claramente de la estilística en sentido estrecho, para la que el foco puede ser tanto el estudio

¹ Paris: Dunod, 1986.

² Paris: Bordas, 1990.

de los recursos con los que los escritores crean un “efecto” en el lector, como la caracterización del estilo individual de un autor.

Sin embargo, la propuesta de Maingueneau es claramente un intento de escapar de los primeros coqueteos del análisis literario con enfoques provenientes de la lingüística. Recuérdese que es precisamente en los años 60, con el ascenso del estructuralismo en las ciencias humanas, que surgen análisis literarios que afirman la necesidad de estudiar el texto “en sí mismo y por sí mismo”, como estructuras regidas por leyes inconscientes *à la Saussure*. A la vez, aparecen teóricos que desplazan la atención del autor individual como poseedor consciente de una voluntad de estilo y se centran en el funcionamiento de los textos, considerándolos independientemente de sus creadores. En esa época se habló del “imperialismo lingüístico”, porque se confundieron ciertos principios propios del estructuralismo con la lingüística propiamente dicha, una ciencia empírica que desde principios del siglo XX intentó construir un enfoque descriptivo con cierto rigor formal que la llevara a abandonar los esquemas normativos y los reduccionismos historicistas que le impedían construir científicamente su objeto de estudio. Como señala Maingueneau, la supuesta influencia de la lingüística en el análisis literario se trató más bien de un imperialismo “semiológico”, pues las nociones que desde el estructuralismo se extrapolaron a la literatura (y a la antropología, la filosofía y otras ciencias humanas), caracterizaban a la lengua como un sistema semiótico abstracto, es decir, un código formalizable (la lengua) cuya vida real en la comunicación humana se deja a los poco o nada desarrollados estudios del uso (el habla). En este contexto, las herramientas que aportó la lingüística al análisis literario reducen su campo de acción a los códigos narrativos, a las gramáticas formales poéticas y a los estudios del vocabulario.

Esta situación cambia a principios de los años 80. Es lo que Maingueneau llama el “giro enunciativo”. Se trata de una redefinición de las relaciones entre lingüística y literatura, pues se recurre a las teorías de la enunciaci3n, la pragmática y lingüística del texto, a partir de las cuales el estudio de la literatura ve reaparecer, entre otras categorías claves, el sujeto enunciativo, el discurso reportado,

la polifonía, la modalidad. El libro de Maingueneau desarrolla precisamente este encuadre en toda su extensión. El supuesto de base es que ni la retórica ni la gramática pueden agotar el acercamiento a la literatura como materialidad lingüística. La reconstrucción conceptual de la obra literaria no se puede limitar a especificar sus formas duras, puramente gramaticales. Al contrario, su eficacia y su eficiencia comunicativas se mueven en el terreno blando de la presuposición, el implícito y la significación polisémica y connotativa. Y esto no sucede porque el discurso literario sea una forma de comunicación abismada o excéntrica: lo que la lingüística dice al análisis literario es que *toda* comunicación verbal se comporta de la misma manera. El sueño estructuralista de que la comunicación es posible porque se basa en los códigos socialmente construidos (pintura, música, arquitectura, cognición, etc.) en realidad es un despropósito. Distorsiona nuestra visión de la comunicación verbal porque nos hace ver signos saussureanos donde lo que prima es la inferencia pragmática que, por mecanismos múltiples, llena las grandes lagunas de lo no dicho o de lo apenas sugerido (Sperber y Wilson).

Esto es lo que Maingueneau describe como el tránsito de “la enunciación a la escena de la enunciación”. No es posible entender un texto literario si no se vincula a todos y cada uno de los componentes del evento de comunicación: el sujeto de la enunciación, la audiencia, el contexto, el género, etc. En su discusión del concepto de enunciación, el autor se detiene en su definición como “la puesta en funcionamiento de la lengua por medio de un acto individual de utilización”. Pero, se pregunta ¿qué tan individual y único es dicho acto? Detrás de la aparente unicidad, la enunciación esconde una organización y unos principios que la convierten en “un sistema que permite a los locutores producir enunciados siempre singulares” (13). En este sentido, las teorías fundadas sobre una perspectiva enunciativa postulan que no se puede tener una concepción adecuada de la estructura de la lengua si no se parte del principio de que esta estructura está constituida de manera que haga posible, precisamente, la enunciación.

Con este punto de partida, Maingueneau despliega el conjunto de nociones que hacen posible un análisis realista de la literatura

como fenómeno comunicativo. En primer término, desarrolla la concepción pragmática del lenguaje, dedicándole un capítulo que nos presenta las relaciones de esta concepción con la semántica, el concepto de acto de habla, así como el lenguaje como institución. Un aspecto básico es el del primado de la interacción; es decir, el hecho de que en su función básica el lenguaje es interacción y diálogo tiene como consecuencia que todas las funciones restantes experimenten profusamente esa marca de origen. Incluso un término con tanto *pedigree* como el de destinatario/ receptor es replanteado a partir de esta reconceptualización de base. La oposición emisión/recepción de la teoría de la comunicación clásica (Shannon y Weaver), se replantea de manera tal que ya no se trata de emisor y receptor, sino de dos coenunciadores igualmente activos, es decir, los dos participantes del proceso del discurso.

De esta reinterpretación no se escapa el discurso literario: el proceso de la literatura no involucra solo actos individuales de enunciación, sino un complejo institucional de prácticas que articulan:

- Las instituciones de diverso orden que dan sentido a cada enunciación literaria: la estructura del campo literario, el estatus del escritor, los géneros de los textos.
- El movimiento por el que se constituye el discurso, a la vez instaurando progresivamente un cierto mundo en su enunciado y legitimando la escena de enunciación y el posicionamiento dentro del campo que hace posible el enunciado.

De ahí una conclusión previsible: una aprehensión de la literatura como discurso se apoya necesariamente en una concepción pragmática del lenguaje y una aprehensión pragmática de los textos literarios descansa naturalmente sobre una reflexión en términos de “discurso literario”.

Otro de los términos claves de la perspectiva que propone Maingueneau, es el de género. La forma en que lo somete a examen aporta elementos que van mucho más allá del acotamiento que establecen normalmente los estudios literarios. La diferencia entre géneros rutinarios y los autoriales coloca en perspectiva pragmática y comunicativa al discurso literario revelando en términos muy

operacionales, casi algorítmicos, su especificidad. Además, vincula esta categoría con el sujeto literario, en el marco de una concepción profundamente sociológica: “los géneros autorales juegan un papel importante en la marcación del posicionamiento del escritor dentro del campo literario, para retomar un concepto del sociólogo Pierre Bourdieu” (36). Como sujeto social, el escritor entonces se deshace del aura individual y única que le otorgó por largo tiempo el romanticismo: surge entonces un sujeto social que se mueve en un espacio funcional muy conflictivo, dentro del que debe construir su identidad enunciativa propia. De ahí que se presente un juego de alternancias, de un autor a otro, en el que la práctica literaria “invierte” diferencialmente su “capital literario” en el abanico de géneros disponibles en el campo. Maingueneau remata: “los escritores naturalistas, por ejemplo, no escriben más que novelas de manera contingente: su posicionamiento es indisociable de la inversión privilegiada en *ese* género. Al contrario, el surrealismo o el simbolismo han *necesariamente* privilegiado los géneros poéticos” (37).

Con base en este encuadre general introducido en la primera parte del volumen, en las partes restantes se despliega la pléyade de conceptos descriptivos que ofrece la pragmática de la enunciación y el análisis del discurso para reconstruir procesos literarios diversos. El repaso es profuso, reforzando con análisis específicos para cada grupo de conceptos la vocación didáctica de la obra.

La exposición va de la parte al todo, en una lógica *bottom-up* que traiciona claramente su voluntad descriptiva. En primer lugar, se expone pormenorizadamente el aparato de abordaje de los deícticos, la clasificación de los adjetivos y las categorías de la temporalidad entendidas como el establecimiento de los planos de enunciación. El uso de las nociones muestra su valor empírico prolijamente, con aplicaciones a obras de autores como Zola, Flaubert, Gide y Daudet.

La tercera parte del libro localiza dimensiones más globales del discurso literario pero sus conceptos resultan tener un valor no menos descriptivo. La categoría de polifonía se desglosa en categorías como las de sujeto hablante y locutor, o personaje, narrador y archienunciador. La captación de la complejidad discursiva es aquí

muy rica y permite relacionar la forma lingüística (incluso a nivel ortográfico como es el caso de las comillas) con texturas literarias específicas como la ironía o la parodia. De nuevo las categorías de análisis trabajan para revelar procesos de comunicación literaria como la inscripción del sujeto en el discurso, en una dinámica que no simplifica la voz del escritor ni lo arrumba en la caja negra de la identidad romántica, ni lo diluye en la supraentidades ideológicas del sujeto althusseriano.

En la sección 4 de la segunda parte se ofrece la oportunidad al análisis de una vuelta al texto y su estructura, con capítulos dedicados a la organización del texto, introduciendo conceptos tan aceptados como coherencia, cohesión y conectores argumentativos. La propuesta intenta bajar hasta el inventario de estrategias de integración textual de distinto tipo, poniendo especial énfasis en los mecanismos anafóricos. Un apartado especial es el dedicado a la progresión temática, que en los distintos géneros literarios adquiere formas tan disímolas y aparentemente disfuncionales que resulta una marca de género manifiesta.

Finalmente la tercera parte del volumen atiende a procesos pragmáticos básicos como los presupuestos y los sobreentendidos, con base en el marco general fuertemente griceano de las *leyes del discurso*. Este es el punto de llegada del “giro enunciativo” en el análisis de la obra literaria. Su concreción es manifiesta en los dos capítulos que cierran el libro: “El contrato literario” y “La doble enunciación teatral”. En ellos, encontramos en toda su plenitud y complejidad un acercamiento al texto literario que pretende desentrañar sus mecanismos ocultos en los procesos discursivos y comunicativos que, supone Maingueneau, solo pueden ser revelados por el conjunto de nociones lingüísticas que esta obra propone.

¿Qué tan útil es la aplicación de este aparato fundamentalmente descriptivo para la crítica literaria? La pregunta llama a debate. Como señala al principio de la obra, el autor no propone ningún “enfoque lingüístico” o “discursivo” como clave absoluta para un análisis literario que en realidad tiene en múltiples fuentes disciplinarias la base de su objeto construido. El libro de Maingueneau propone herramientas, conceptos, armas para llevar al campo de

batalla del análisis. No pretende imponer el mandarinato ni de una disciplina ni de un enfoque. Son los especialistas que lidian directamente con los objetos de estudio literario quienes tienen la última palabra sobre si estas herramientas son pertinentes o no para sus objetivos de investigación.

Gerardo López Cruz